

# Petrarca, Humanista y Restaurador

Por

FURIO LILLI

COMO no sería posible escribir una historia de la Edad Media o introducirse a aquélla del humanismo ignorando a Francesco Petrarca, de la misma manera no es posible hablar de civilización moderna sin partir de alguna manera de él. Pues Petrarca y su obra pertenecen más que a una determinada literatura y época al mismo devenir histórico del espíritu humano.

Su entusiasmo por la búsqueda, su método de indagación, su interpretación y su sentimiento del hombre, del destino humano y de la vida lo revelan inmediateamente no sólo un ingenio múltiple —colmado y fértil de múltiples semillas— sino también, y por muchos aspectos, un profeta en el tiempo y un auténtico precursor.

Su actitud profética se manifiesta sin equívocos en la vocacional y meditada reacción a la época en la que le toca vivir. Como precursor reúne en sí —en sus inquietudes, en sus ideas, en sus gustos, en su elocuencia, en sus modalidades, en sus experiencias de estudioso y mundanas; en fin, en su afán de autosuperación y de conquista— los caracteres fundamentales del *hombre nuevo*, así como vendrá personificado y concebido en los siglos XV y XVI. Lo que vale decir que Petrarca contiene en sí los gérmenes vitales y vitalizadores del *hombre moderno* tal como se irán paulatinamente manifestando y desarrollando desde el Renacimiento hasta nuestros días.

En la transición entre dos épocas, retornando como contemporáneo entre los antiguos y a la manera de un contemporáneo proyectándose entre los modernos, concentra en sí elementos eteroformes de una

evolución milenaria y se revela —cargado de antigua y nueva sangre— un indiscutible *restaurador*. Pues el mundo antiguo —reasimilado y absorbido por Petrarca— nos aparecerá como la fuente de restauración del hombre en todos los planos de su ser y actuar. Gestación asombrosa de un intelecto y de un alma superdotados. Gestación, pero, que no hubiera podido producirse sin un profundo conflicto interior.

La actitud intelectual y el contenido moral de Petrarca son, en el fondo, los de un cristiano, mas independientes de la tradición del formalismo escolástico y en fase de emancipación del dogmatismo medioeval.

Petrarca hace hincapié sobre la concepción cristiana del *libre albedrío*, reafirmando, pero, en modo *sui generis* —especialmente a través de su conducta— la libertad individual, encauzándola hacia un regreso al concepto en parte estoico y en parte epicúreo de una libertad correlacionada con la *razón natural*. Lo que es, después de todo, una manera de justificarse a sí mismo, de encontrar alivio en el debate que lo atormenta, de sobreponerse a su propia responsabilidad. *No es que yo no sepa* —escribe a tal propósito—, *es que yo no puedo frenar el deseo*<sup>1</sup>.

Pero al lado de la *razón natural*, Petrarca advierte y no puede negar la presencia activa de la *razón individual*, desencarcelada del involucro de toda apriorística razón divina que establezca o ilumine o determine su rumbo y decisión. Razón natural y razón individual en pugna continua provocan en él ese estado de desequilibrio que más que un reflejo es la substancia misma de la crisis medioeval.

En última instancia, a propósito del libre albedrío, Petrarca pone dramáticamente el acento sobre el primar de la *voluntad individual*, presionada por la *razón natural*, pero de hecho en desacuerdo con ella. En tal sentido el hombre recupera con Petrarca una *libertad* que tiene caracteres en sí opuestos y antinómicos: de la *universidad* y la *ne-*

<sup>1</sup> *De Secretis conflictu curarum mearum*, Lib. III.

### *Petrarca, Humanista y Restaurador*

*cesidad*, por un lado, por ser el hombre participe de un *misterio* que lo traseiende y por ende y por ser tal —fuera de toda circunscripción; de la *finitud* y *contingencia*, por el otro lado por sentirse el hombre arrojado por su mismo impulso hacia su propia determinación.

Por todo ello no sería difícil, en cuanto al concepto de *restauración del hombre* por parte de Petrarca, volver a estudiarlo a través de un esquema que tendría su punto de partida en Heráclito proyectándose, a través de la historia del pensamiento cristiano —en particular San Agustín— proféticamente, hacia Bruno y Spinoza y, de aquéllos, hasta el *yo trascendental* de Kant y al *yo-puro* de Fichte.

De allí, quizás, podría volverse a replantear el itinerario de su complejo eclecticismo.

Basta fijarse en la concepción y en el sentimiento de la *naturaleza* que tiene Petrarca como poeta y como pensador, exaltándola siempre como expresión y huella, por un lado, de la naturaleza universal y como, por así decirlo, *specus hominis*. Diríase pues que en Petrarca la *unidad* y la *multiplicidad*, el *ser* y el *devenir*, lo *divino* y lo *humano* se articularán —aunque fuera confusamente— desembocando en un amalgama del *ser* con lo *existente*, de la *existencia* con la *esencia*.

En el *Cancionero* —y sería suficiente la sola relectura de la canción *Chiare fresche e dolci acque* . . . — así como en el copiosísimo *Epistolario* y además en toda su obra, la naturaleza no es mera *materia*, ni sólo *teofanía*, sino, estando a lo que dice acerca de ella el Poeta, es algo como el *uno* de Bruno, algo como el *Deus sive natura* de Spinoza. Laura y las flores, los árboles, las fuentes, el cielo, las estrellas, etc. no son cosas distintas, son una misma cosa y, *paraíso* y *divino*, es todo ello, para los ojos y para el espíritu de Petrarca.

*He aquí un lugar muy* adecuado a mi naturaleza —escribe recordando sus palabras de niño frente a las bellezas de Vaucluse—, *un lugar que yo preferiré a las grandes ciudades*<sup>2</sup>. Y se trataba sólo de un presentimiento.

<sup>2</sup> *Epístola Seniles*, X, 2.

Hecho hombre y hasta la muerte, la naturaleza será para Petrarca más que un refugio, más que una manera de quebrar con el mundo, más que un tránsito de la acción material a la esfera de la contemplación. Será —el acercarse a ella, el confundirse con ella, el perderse en ella— una verdadera *trascendencia*, casi un auténtico tránsito de lo físico a lo metafísico. Pues sólo allí *en el aire blando*, rodeado por las *límpidas fuentes*, entra las *sombras de la selva*, se sentirá finalmente *libre*, deambulando por las *rientes praderas* acompañado por el *mugir de los bueyes*, el *canto de los pájaros*, el *murmullo de las linfas*<sup>3</sup>.

Por otra parte esta concepción y estos sentimientos de Petrarca acerca de la naturaleza, ese amor hacia ella, ese impulso a perderse lejos del trajín ciudadano y mundano en la soledad de los bosques, de los montes, del campo y del mar —goce del que siempre nos habla en todas sus obras— además de una necesidad perentoria, es un placer, un gusto, un deporte literario que —siguiendo sus huellas de restaurador de las costumbres, de las modas y de las letras clásicas— acogerán y harán propio los humanistas del *Quattrocento* y los artistas y los príncipes del Renacimiento. Exaltación de la naturaleza, como madre y como hermana del hombre y de su destino, que llenará, a través de la inspiración petrarquesca, la poesía moderna en todas las literaturas.

Así —con el ánimo de un antiguo y el instinto de un moderno— Petrarca hecha las bases de aquel *naturalismo* y de aquel *individualismo* que mientras por un lado representarán una audaz reacción al Medioevo y a la Escolástica, por el otro lado constituirán el drástico anuncio de una aurora.

*Yo pasé toda mi vida sub vanitatibus*, esto es entre los vanos placeres<sup>4</sup> y el culto de la persona<sup>5</sup> —afirma en su epistolario—, pero también sabemos que esa juventud fue colmada de estudios profun-

<sup>3</sup> *De rebus familiaribus*, XVI, 6.

<sup>4</sup> *Epistola ad posteros*, 16.

<sup>5</sup> *De rebus familiaribus*, X, 3.

*Petrarca, Humanista y Restaurador*

dos y severos: literarios, jurídicos, históricos y filosóficos. Días y noches, años y años dedicados, además, con inquebrantable pasión a los Santos Padres y a los tratados antiguos.

Estudios y placeres. Ahora bien, los unos y los otros lo encauzan hacia la meditación y la meditación lo lleva sobre el camino de la crisis interior.

Se da cuenta entonces —y no en contraste con la concepción que del hombre tiene el mismo cristianismo— de que el ser humano es un amasijo, una mezcla hecha de chispa divina y de arcilla corruptible, alma embebida de inmortalidad y polvo, *cinis* perecederos, un conjunto de *finito* e *infinito*, de *caduco* y *eterno*. De ahí aquel suyo imprevisto elevarse de la *tierra* al *cielo* y aquel *suyo* traumático y violento precipitar del *cielo* a la *tierra*. Crisis que se resuelve en una constante *agonía*, pero como lucha productiva orientada hacia la autorrealización, hacia la autosuperación, hacia el *heroico furor* para ascender del *límite* hacia lo *ilimitado*, de la inquietud de la *existencia* a la armonía de la *esencia*.

En este sentido la *tensión* que vibra en Petrarca es de la misma naturaleza de aquella señalada —de una manera u otra— por la mayoría de los pensadores modernos en sus distintas concepciones del hombre.

Concepción que surge con el *antropocentrismo* del que Bruno será el más audaz sostenedor. Ahora bien, leyéndolo a Petrarca, ahondando en sus tratados morales, así como en su epistolario y en el mismo cancionero, advertimos que él siente el *Universo* como algo en que se reconoce implícito y al mismo tiempo como alguien que lo implique. De ahí la ansiedad inapagable debida a la *tensión* tendiente a armonizar el ritmo individual con el ritmo universal para anular toda contraposición mediante la identificación.

De todo ello y de esa crisis racional y de conciencia deriva también la toma de posición de Petrarca con respecto al problema de la *verdad*. A tal propósito es evidente —y él mismo lo dice de mil maneras— que la verdad no consiste para Petrarca en un *dato a priori* que se debe explicar, sino en *algo* que se debe alcanzar. De allí su afán

de incansable indagador, su sed insaciable del conocer. Para Petrarca, es indudable, la *verdad* no arraiga en una *realidad presupuesta u opuesta al pensamiento*, sino es la *realidad o ser del pensamiento mismo*. En una palabra: *ser* y *pensar* constituyen una identidad previa e inseparable, como lo dirá, sistemáticamente, Descartes casi trescientos años después. Sujetivismo gnoseológico, entonces, en Petrarca también: y, hasta en ello, se manifiesta un precursor.

Tales consideraciones nos conducen además a comprender desde sus raíces el cambio que se produce en el campo del arte con el aparecer del *cancionero*, cambio de fondo de proporciones decisivas por su proyectarse en toda la historia del arte del Renacimiento.

Con el advenimiento de Petrarca, el artista no es más el que actúa en la esfera de lo abstracto, o quien idealiza o copia a la naturaleza, sino el intérprete de la naturaleza; más aún el genio que, asimilándola, la recrea no defraudándola de su esencia, esto es de la *verdad* que obra en ella, de la verdad que la justifica, le otorga valor y sentido, la hace ser.

Sólo sobre estas bases es lícito decir que la obra de arte lleva consigo los caracteres esenciales de la *necesidad* y de la *universalidad*, en cuanto expresión de la *verdad* cogida y respetada en su substancia y forma por el artista. Concepción ésta sobre la cual se fundará todo el arte del *Quattrocento* y del *Cinquecento*. No más el *abstracto símbolo*, sino la *verdad*: la verdad cual objeto y fin del arte.

Así, también en esto, se baja de nuevo, con Petrarca, del cielo hacia la tierra; porque aún por lo que atañe al arte, todo vuelve a revivir en el tiempo y en el espacio redimensionándose en la esfera de lo *humano* y de la *realidad*.

Camino opuesto al recorrido por Dante. Dante se despoja de lo humano para endiosarse, Petrarca restaura en sí y en su *crisis* al hombre recuperándolo de la dispersión en los cielos a la concreta realidad del mundo y de la vida.

Y es así como la tierra adquiere ahora —otra vez, como entre los presocráticos— la consistencia del primigenio ἀρχή, y por ende es de

*Petrarca, Humanista y Restaurador*

ella, de su inmanente realidad que se vuelve a empezar para remontar el camino de toda conquista y de toda revelación.

Mas como dijimos, la gestación del *hombre nuevo* no se produce, en Petrarca, sin inquietudes profundas y sin un profundo drama interior. Se trata, pues, de una vida toda oscilante entre apeticiones y voliciones contrastantes u opuestas; atormentada y obsesionada entre el imperio de la realidad y el ansia de trascenderla; es cristiano y ciceroniano, soberbio y humilde, cortesano y místico, ama y desprecia el mundo.

A propósito de su cristianismo y de su entrañable admiración hacia Cicerón, no sólo como escritor sino y sobre todo como Maestro de moral y doctrina, así escribe, llegando a un paralelo blasfemo, para su época, y cierto desorientador por su contenido:

*Christus equidem Deus noster; Cicero autem nostri eloqui princeps; Christus verbum est et virtus sapientia Dei. Cicero multa de verborum arte deque virtute et humana sapientia locutus est, vera utique et idcirco veritatis Deo gratissimus...*<sup>6</sup>

Y agrega que ambos han *predicado y seguido distintas pero no contrarias doctrinas*<sup>7</sup>. Tal es así que, si él pudiera, inscribirla a Cicerón entre los católicos: *Ciceronem ideo catholicis inseram? Vellem posse! Et utinam liceret!*<sup>8</sup>.

De la adolescencia, a la madurez, a la senectud —casi detrás del dictado de una ley pendular— pasa del recogimiento ascético a la vida mundana, alternativamente, sin pausa. Los bienes y placeres terrenales lo atraen y le repugnan a la vez, pero no llega nunca a sobreponerse, aun pasando, sistemáticamente, de crisis en crisis de conciencia.

Y —sí— que no se puede dudar de la sinceridad de esas crisis. Toda su obra y el cancionero en particular nos lo confirman. Como es dado ver, de manera inequívoca, en el soneto CLXXXIX.

<sup>6</sup> *De rebus familiaribus*, XXI, 10.

<sup>7</sup> *Idem, ibidem*.

<sup>8</sup> *Id., ib.*

Pareciera aquí que el Poeta hubiese tocado el fondo de sus experiencias humanas de apasionado aventurero de amor y de trotamundos, tanta es la melancolía y tan graves son el cansancio, la amargura, la desesperanza que afloran de aquellos famosos versos

Passa la nave mia colma d'oblio  
per aspre mare, a mezza notte il verno. . .

Pues él se siente como un barco en la tempestad; olvidadizo de sí y del mundo, sacudido por las olas de las pasiones; rodeado por la oscuridad y, adentro, lleno de tinieblas. Y de pronto se da cuenta de andar entre escollos hórridos y peligrosos, guiado por el instinto ciego, tal que desespera poder llegar al puerto.

*Et factus sum naufrago simillimus qui, mercibus amissis, nudos enatat, jactatus ventis et pelago* — confesará<sup>9</sup>.

Mas el reconocimiento de su propia incapacidad e impotencia no le hace aceptar la derrota, por el contrario enciende su ansia de redención y de sus labios surge aún una vez, un nostálgico apelo a Dios todopoderoso: *moriar in peccatis meis, nisi auxilium mihi veniat ex alto*<sup>10</sup>.

Y todavía más: *Nulla mihi spes salutis, nullum praesidium aliunde; sed in misericordia tua, Domine, sperabo*<sup>11</sup>.

En ese abandono, en ese reconocimiento de impotencia humana, llegando al límite del derrumbe; en ese llamado a la Gracia de Dios, Petrarca —confesando su miseria y su poquedad— simboliza y encarna a toda la humanidad. Y es así como *restaura* en sí mismo al hombre precipitado y perdido, quien levanta los ojos al cielo, hecho conciente de su finitud, postrado ante su debilidad, rendido ante su voluntad, la exigencia y esperanza de cuya salvación les abren el alma a la Revelación y afirmación de Dios y por ende a la fe como instrumento de regeneración y promesa de victoria.

<sup>9</sup> *Salmos penitenciales*, Psal. 1.

<sup>10</sup> *Salmos penitenciales*, 1.

<sup>11</sup> *Idem, ibidem*.



### *Petrarca, Humanista y Restaurador*

De todos modos se trata siempre de momentos fugitivos, de intervalos de la conciencia pronto obscurecida por las lisonjas de los sentidos. Pues pugnan en Petrarca contemporáneamente el amor y el desprecio del mundo. Y él bien lo sabe y hasta lo reconoce como una inclinación, como una prerrogativa suya, casi una aspiración de la que no sabe liberarse. Escribe: *Natura Demosthenes, imitatione Democritus fieri velim: ille enim, ut legimus, famae avidus fuit, iste contemptor*<sup>12</sup>.

Así es como al frecuente *recogerse* introspectivamente, sigue un fatal *proyectarse hacia afuera*; al arrepentimiento por el error, sigue la atracción incontentible hacia el idéntico error: y el flujo continuo no permite el arresto.

Y —resueltamente— lo proclama:

*e veggio 'l meglio ed al peggior m'appiglio*<sup>13</sup>

De todo ello, de ese hondo conocimiento de sí mismo y del mundo, deriva la dolorosa afirmación —hecha bajo el dominio de la angustia— de su *odio y desprecio de la humana condición*<sup>14</sup>. Hay, por otra parte, en Petrarca un escepticismo no incoherente con su estructura y sus fundamentos de pensador y de estudioso; pues ese escepticismo lleva consigo una mezcla de motivos, paganos y cristianos a la vez, oscilando entre el *taedium vitae* y la *tristitia*, ambos convergiendo hacia la falta de valor y virtud que caracteriza al género humano.

Tales motivos rellenan no sólo el *Secretum*, sino vuelven a menudo en el *epistolario*. Y he ahí una amarga constatación acerca de la mayoría de los hombres *quienes sólo se ilusionan vivir, porque respirando en el aire frío se dan cuenta que su aliento deja de sí, no sé cual rancio vestigio*<sup>15</sup>.

Es así como llega, por momentos, a una concepción de la vida que, diríase, anticipara notablemente ciertas tendencias y posturas tí-

<sup>12</sup> *De rebus familiaribus*, Lib. XIII, 4.

<sup>13</sup> *El Cancionero*, canción CCLXIV.

<sup>14</sup> *Secretum*, II.

<sup>15</sup> *De rebus familiaribus*, XV, 3.

picas de la sensibilidad y de la idiosincrasia presentes en la filosofía y en las literaturas modernas. *Feliz quien no nació* —escribe<sup>16</sup>— y: *Efímero deleite y aburrimiento es el amor*<sup>17</sup>. Afirmaciones, que, diríase, anunciarían de manera asombrosa a Schopenhauer y Leopardi.

Del mismo modo hace pensar en ellos con respecto a su actitud frente al dolor. Pues el dolor se hace en Petrarca como un vehículo de escape, un medio de desahogo bienvenido y benéfico tal que parece saludar su presencia como la presencia de un amigo. Declara pues a tal propósito que se *regocijaba y nutría de lágrimas y de dolor con una especie de morbosa voluptuosidad*<sup>18</sup>.

Para encontrar un dique de contención a sus escrúpulos de conciencia, a veces se proclama víctima de fuerzas ocultas, trascendentes a su misma buena voluntad de rescate: *Muchos hombres han caído por su voluntad* —expresa—, *pero no quiere decir que yacieron queriéndolo. Yo mientras hubiera podido estar levantado no quise y cuando quiero levantarme, no puedo!* Y agrega, reforzando: *tantas veces he querido y no he podido*<sup>19</sup>.

Por este rumbo llega hasta a culpar a la desdicha humana a la naturaleza, parcial y maligna en dar y darse. Lo que es otro motivo leopardiano. *Cuando medito sobre los casos y la suerte de los hombres* —escribe—, *y sobre la labilidad de las cosas, ninguna yo encuentro más frágil, más inestable que la vida del hombre. La naturaleza, como admirable instrumento de remedio, ha proveído a todos los animales irracionales negándoles el conocimiento de sí mismos. Sólo a nosotros, los hombres, veo que se tornan en tormento e inquietud la memoria, el intelecto, la providencia y todas las demás divinas, nobilísimas dotes de nuestra alma*<sup>20</sup>.

Otra vez nos es dado constatar en estas meditaciones el drama religioso vivido por Petrarca. De hecho, no es que él sea un arreligioso, pues cree en Dios, sólo le falta la fe activa que enalza el creyente por

<sup>16</sup> *I Trionfi, Trionfo del tempo*, 138.

<sup>17</sup> *Idem, Trionfo d'amore*, III.

<sup>18</sup> *Secretum*, II.

<sup>19</sup> *Idem*, I.

<sup>20</sup> *De remediis utriusque fortunae*, II.

*Petrarca, Humanista y Restaurador*

encima de sí mismo y la fe ciega en la Gracia y en la Providencia. Y lo peor de este drama arraiga en la conciencia de tenerlo. Con afecto y amargura vuelve con el recuerdo a los años de su primera juventud, cuando, todavía inocente y puro, no había salido aún del cauce de la credulidad y de la fe, y exalta aquellos tiempos dulces y serenos porque colmados *por el temor de Dios y el arrojio religioso*<sup>21</sup>.

Mas —contra su querer— se ha encontrado de repente *exilado de la esfera del cielo, y en exilio en la esfera de la tierra*. Mezclándose en él lo humano y lo divino inseparablemente, sin posibilidad de deslinde. Es así como en Petrarca no puede haber definición alguna con respecto al problema religioso que la atormenta, pues el suyo no es *ortodoxo credo*, sino sólo un sentimiento religioso en el que lo humano y lo divino se incluyen recíprocamente, sin salida.

*Hay en mí —confiesa— una total incapacidad a ascender, y agrega: pero Dios puede ayudarme*<sup>22</sup>.

Mas en realidad él no experimenta nunca esa ayuda de Dios, por el contrario se siente abandonado a las preponderantes fuerzas de su humanidad.

Es así como se tiene la sensación de que sean las *pasiones terrenales* no sólo las que prevalecen sobre su fe, sino también las que ocupan el lugar de aquélla, sustituyéndola y haciéndola vana.

¿Qué es la tendencia dominante en Petrarca? Una tendencia hacia la *inmanencia* de lo divino en lo humano que transparente de toda su vida y de toda su obra. Y que será una característica más de los pensadores y artistas del Renacimiento, después de él.

Petrarca ve y siente a Dios a través de sí mismo, a través de sus experiencias individuales, a través de la naturaleza, en fin —y en sumo grado— a través del objeto más sentido y vivido de su alma: *Laura*.

*Vaucluse*, los Alpes nevados, los rieleles, la campiña, las flores le hablan de Dios; sus ideales, sus afanes, sus aspiraciones, sus goces, sus remordimientos le hablan de Dios; pero Laura es la prueba terre-

<sup>21</sup> *Secretum*, III.

<sup>22</sup> *De otio religiosorum*, 38.

nal del ser divino. Ahora bien se trata entonces de una pasión terrena que invade la esfera de lo divino sustituyéndola y por ende eliminándola y anulándola. En otras palabras, Laura, reflejo de Dios, se transforma ante los ojos y en el sentimiento del Poeta, de imagen del *Creador* en *criatura* palpitante de humanidad, de manera tal que el *éxtasis espiritual* cede al aflorar del deseo y al entrar en función de los sentidos.

*Nada* —había afirmado en un momento de místico ardor— *nada es tan maravilloso como la pureza del alma*<sup>23</sup>.

En la cima del monte *Ventoso*, frente al espectáculo fascinante que lo rodeaba, había así desechado por un instante el atractivo y el urgir de los bienes caducos, tomando conciencia de que nada es maravilloso *afuera del alma*<sup>24</sup>. Y se había reprochado su lábil religiosidad, intermitente y temblante, siempre sacudida, como las cúspides de los Alpes, por el viento de las pasiones.

Pero, he aquí, reaparecer Laura; he aquí volver ella a su recuerdo y es como si el alma se esfumara. *Saepe* —escribe— *fugam retentavi et vetustum jugum excutere medidatus sum; sed inhaeret ossibus*<sup>25</sup>.

Y es la recaída. Y con la recaída el encenderse nuevamente del ansia de redención:

Cuál gracia, cuál amor o cuál destino  
me darán alas como a la paloma,  
para aplacarme, alzándome de tierra?<sup>26</sup>

Hemos subrayado hasta aquí la sintomatología y las manifestaciones de la inquietud que invade la vida y la obra de Petrarca y hemos dicho que todo ello debe considerarse como un fenómeno debido a un estado de *gestación*.

En realidad lo que está gestando en Petrarca es un *despertar* y una *restauración*. Despertar de un milenario letargo; restauración del hombre liberado de las ataduras, de las limitaciones, de los módu-

<sup>23</sup> *De rebus familiaribus*, IV, I.

<sup>24</sup> *Idem, ibidem*.

<sup>25</sup> *Salmos penitenciales*, Ps. I.

<sup>26</sup> *El Cancionero*, soneto LXXXI.

### *Petrarca, Humanista y Restaurador*

los de una historia ya en crisis, de una época ya en fase de agotamiento.

Hay que *despertar* —proclama Petrarca— del *letargo*, salir de los moldes, no ajustarse más a lo que enseñan como *definitivo* los filósofos, los juristas, los médicos; existe una *ciencia del hombre* que no es un *hecho*, sino un *hacerse* continuo y progresivo con el andar del tiempo. Conceptos nuevos y revolucionarios en su época, que encontrarán en Vico, casi cuatro siglos después, su más enérgico sostenedor, su más genial sistematizador. Se trata pues de la aserción de la *prioridad del mundo de la historia humana* frente al mundo de las puras abstracciones intelectuales y del inmovilismo silogístico. En este sentido diríase que Petrarca fuera un profético anunciador del *verum et factum reciprocentur* y de lo *universal humano, histórico, real y concreto* afirmados por el autor de la *Ciencia Nueva*.

Hay una inclinación en Petrarca a hacer *tabula rasa* de las sobreestructuras que caracterizan a su época, sufriendo en carne propia los riesgos y el dolor de la operación tendiente a provocar y producir el *cambio*. Y hay, en esta operación, en su procedimiento y método, como una anticipación del *método baconiano* basado en los dos momentos sucesivos de la *pars destruens* y de la *pars construens*; de la liberación —en una palabra— en un primer momento, y de la instauración después. Limpieza, por así decirlo, de los prejuicios concernientes un mundo para destruir (el *Medioevo*); amueblamiento mediante los elementos imprescindibles a un nuevo mundo para construir (el *Renacimiento*).

De ahí su agitación, sus afanes, su eclecticismo, su transicionalismo, su fragmentariedad y su poliedricidad.

*Philosophia non verborum ars, sed vitae* — escribe enfáticamente al monje Gerardo<sup>27</sup>. Y afirma que hay que volver a la antigüedad.

Volver a la *antigüedad* significa implícitamente eliminar el Medioevo; *resurgir* abrevándose a las fuentes de una civilización cuya linfa y cuyos valores renovarán al *mundo* y a la *historia* desde el punto de vista práctico y moral. *Restaurar*, en fin, a la *sociedad*, esto es

<sup>27</sup> *De rebus familiaribus*, Lib. VII, 1.

el hombre y su vida. De las fallas y de la crisis de su tiempo, Petrarca tiene, de hecho, una visión lúcida y precisa: advierte su fatal decadencia, su indetenible descomposición y la señala. En una carta dirigida a Cicerón, así se expresa acongojadamente: *Crede mihi, Cicero, si quo statuto res nostrae sint evectas audieris, excident tibi lacrymae*<sup>28</sup>. Como verdadero *fundador del Humanismo*, Petrarca, pues, siente a la antigüedad no como historia ya sepultada en el tiempo, sino como *vida*: esto es sangre cálida perennemente actuante en las venas y en la praxis del género humano.

Después de haber sido coronado en Capitolio, así, con orgullo podía escribir al Rey Roberto de Anjou: *La tradición del laurel, ha sido restaurada en nuestro tiempo —sobre las cenizas de los antiguos poetas— bajo tu guía, en mi persona*<sup>29</sup>. Y es evidente lo que quería decir con ello: esto es que con *su aparecer* y con *su obra* la gloria *antigua* se reencarnaba en la *moderna*; aún más, que con él y su obra, caducaba cualquier solución de continuidad entre la Edad Antigua y la Moderna, entre el genio antiguo y el moderno. Horacio, Ovidio, Cátulo, Propercio y Tíbulo, Plauto y Terencio, Livio, Séneca y el mismo Homero son —en el orden humano— más contemporáneos suyos que sus contemporáneos en el orden cronológico. E insiste sobre el concepto de que los antiguos deben servir de *modelo*, no sólo por la perfección del estilo, el ideal de belleza, el arrojío de la inspiración, sino —y en primer término— por su *adherencia a la vida*.

En constante fluir con el palpitar de su alma; con las imágenes que lo circundan y con los fantasmas que pueblan su fantasía y su genio creador, Petrarca se nos aparece, en *ininterrumpido andar con el tiempo*, en un sentimiento del *tiempo que siempre es presente*. Y he ahí como se explica por qué —nutrido de antigüedad, viviendo en el Medioevo— es un antiguo empapado de simiente nueva de la que brotará el *hombre moderno*. Pues hay en él el *demiurgo*, quien articula en secuencia vital el *pasado* con el *porvenir*.

En este sentido —en la coyuntura entre las dos épocas, entre el ba-

<sup>28</sup> *Variae*, II, 3.

<sup>29</sup> *De rebus fam.*, IV, 7.

### *Petrarca, Humanista y Restaurador*

jar el telón sobre el Medioevo, y el subir del mismo ante la Edad Moderna— Petrarca va considerado el *restaurador del hombre*. Pues *restaura al hombre* en su emoción primigenia; en su arrojo sensible y activo; en sus temblores y titubeos, como en su audacia y en su ansia de superación; en fin, en su *anhelo a la fe* mas viviendo la *ebriedad* de sentirse, *sino el centro*, por lo menos *puesto en el centro del universo*. Y es así como si el mundo y la vida, hacia fines del siglo XIV, resurgiera con él.

Que Petrarca se revela también un precursor, un vidente, un vate con respecto a su modernísima *concepción de la historia y de la sociedad*. Por primero, pues, aplaude toda iniciativa tendiente a abatir el despotismo y la tiranía (El, amigo y mimado de reyes y pontífices). Por ende, en el 47, exalta en su nacer la gesta de Cola de Rienzo. *La libertad* —escribe— *es más cara que la vida. Es preferible morir libre, que vivir esclavo*<sup>30</sup>. A tal propósito, con una visión elástica y dúctil de los hechos humanos —con su *De Viris illustribus* y con sus *Rerum memorandarum libri*— abre las puertas a la historiografía moderna. Intuitivamente, se proyecta más allá del mismo Renacimiento, hasta Locke y el Iluminismo. Aboga, pues, por la abolición de los privilegios de los nobles; por gobiernos que sean la expresión de la voluntad popular, mediante el sufragio popular y el derecho de acceso al *manejo de la cosa pública al igual*, por parte de todos los ciudadanos.

Moderno y precursor, se manifiesta asimismo en su concepción de una *Iglesia* despojada de la autoridad temporal y fundada exclusivamente sobre la ecumenicidad de su poder espiritual. Una Iglesia, ejemplo luminoso de castidad y humildad y, a tal propósito, invoca y auspicia el *advenimiento de un restaurador* que vuelva a enalzarla en su lugar de Maestra de virtud y fuente de paz en el mundo. Y proféticamente presente el fatal prepararse de la Reforma<sup>31</sup>.

Asombroso, para su época, es el abogar por un producente *cosmopolitismo*. Viviendo en medio de luchas dinásticas y las más cerradas divisiones políticas, predica una unión que supere todas las barreras

<sup>30</sup> *Variae*, 48.

<sup>31</sup> *Epistolae sine nomine*.

convencionales o de fuerza, haciéndose el abanderado de una *comunidad social* en la que todos se sientan hermanados en la acción dirigida hacia un fin común: la felicidad y el bienestar.

En *moral* predica la *restauración moral* del hombre. A tal efecto proclama la perentoria necesidad de *articular* la *sabiduría* con la *caridad*. No hay sabiduría verdadera separada del amor —afirma— así como no se puede amar lo que se desconoce. *Sapientia et amor. Sapientia vel pietas. Pietas est sapientia. Pietas est scientia Dei*<sup>32</sup>. En quien sabe y es caritativo se halla el *hombre auténtico*, aquel cuya textura moral le permitirá con el renovarse a sí mismo, renovar el mundo. Pues la sabiduría debe ser activa, tener una *finalidad* no sólo humana, sino también *cívica y social*, y las *ciencias* y la *filosofía* deben alimentar en concreto a la humanidad para el *triumfo del amor*.

Así Petrarca se asoma a la Era Moderna con experiencias, aspiraciones, ideales de hombre, de estudioso y de artista, que constituirán las bases y los fundamentos sobre los cuales los hombres de ciencia y los artistas del *Quattrocento* y del *Cinquecento* inaugurarán y forjarán la *Era nueva*.

*Era* que tiene en el *humanismo* sus cimientos; en Leonardo un precursor y un vate; en Telesio, Bruno y Campanella y en sus doctrinas, iniciadores y áuspices de una evolución que en ellos encuentra sus semillas. Una Era que —a través de seis siglos— hasta nosotros se proyecta.

De esta Era, Petrarca, debe ser considerado con derecho al prófeto símbolo, así como del humanismo el primer ciudadano.

<sup>32</sup> *De remediis utriusque fortunae*, Lib. I.  
Cfr. también *De suis ipsius et multorum ignorantia*.

---

FURIO LILLI. Ejerció la docencia en Italia y Bulgaria. Radicado en nuestro país, se desempeña como profesor de Literatura italiana desde 1948 en nuestra Universidad. Entre sus libros publicados, pueden mencionarse: *Miguel de Unamuno; Italia en el nacimiento del teatro moderno; G. Carducci hombre y maestro; Pirandello su teatro; Marcel y el estoicismo*, etc.